

Estos hombres apenas salieron de las cárceles comenzaron á trabajar contra su opresor, contra Carrier.

Enviados á París Goullin y Chaux, buscaron un abrigo en Robespierre. Pusieron á su disposición cuanto tenían contra Carrier. Era el 9 de Marzo. El 13 debían quedar arrestados los amigos del *rey de Nantes*, Hebert y Ronsin. Sin embargo, recibió con fortuna un socorro inesperado. «Si se te persigue es por que eres un buen patriota.»

Esto fortificó el espíritu de Carrier.

Carrier mismo decía contra si cosas mayores que las más grandes acusaciones de sus enemigos.

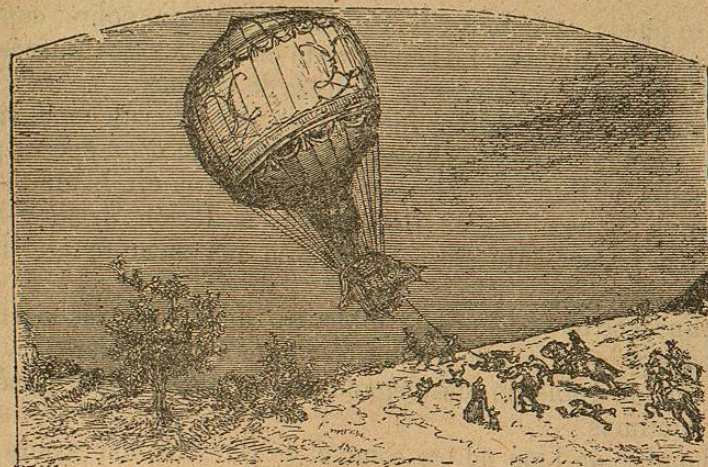
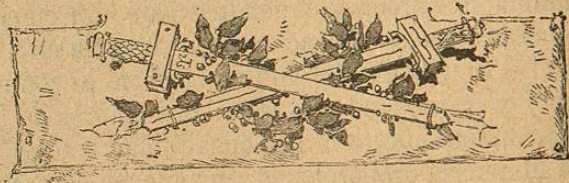
En los Jacobinos se hablaba de cementerios y Carrier tomó bruscamente la palabra para decir: «¡Ah, yo no he podido enterrarlo todó!» Lejos de atenuar el efecto de su siniestra persona lo aumentaba con sus iúgubres interrupciones y su aspecto trágico; parecía el hombre de la fatalidad, el exterminador, el fuego de Dios.

Al abandonar á Nantes dijo á una mujer: «Estoy tranquilo, querida mía. Nantes no olvidará jamás el nombre de Carrier... Tarde ó pronto perecerá á hierro y fuego.»

Creíase seguro al pensar que caso de atacarle sería por exageración más que por debilidad, es decir, que los acusadores se confesarían moderados ó menos violentos que patriotas.

Pero no esperaba el golpe que había de hundirle.

Sus amigos Lamberty y Fouquet fueron guillotinado el 16 de Abril por moderados y contrarrevolucionarios.



CAPITULO III

Lucha de Robespierre contra los representantes que desempeñaban misiones

Robespierre contra Tallien y Fouché.—Inquieta al comité de Salud pública.—Desconoce los títulos de los representantes en misión.—Diferencia del 93 al 94.—Oscuridad en los procedimientos de Robespierre.

Lo que más honra á Robespierre es su lucha contra los representantes que desempeñaban misiones. Lo que le condenó, lo que lo perdió fué la guerra que les hizo.

Para descifrar este enigma conviene advertir que Robespierre perseguía á muerte á tres ó cuatro desatentados que deshonraban á la Asamblea.

Aunque menos razonablemente se extendió esta persecución á unos veinte representantes comprometidos por la dictadura que el peligro les obligó á crear en el 93.

Esta monomanía de depuración hacíale incurrir en errores fatales, pues muchas veces era víctima de sus procedimientos algún inocente.

Distingamos las épocas.

Muchos hombres que en los momentos de reacción se dejaron arrastrar por el torrente, culpables de este delito, no lo eran antes de Thermidor. No se les podía juzgar por hechos que aun estaban por venir.

Y en la época á que nos referimos ya eran culpables Chabot, por ejemplo y Carrier, una bestia salvaje, sin entrañas.

Este título lo merecían otros tres en la Convención, Tallien, Fouché, Rovere.

Rovere es quizás el único miembro de esta Asamblea que hizo fortuna. Ya veremos por qué medios.

No se puede decir tanto de Tallien. Este murió pobre, con las manos vacías, si no limpias. Lo hemos visto en los Campos Elíseos pedir la limosna de su mujer entonces la princesa de Chimay.

La verdad es que Tallien fué solo un vientre, un tonel sin fondo. No había remedio para su pobreza. Fué monje en otra época, pero verdadero monje de Rabelais. Su más grande alegría era la de mezclar en las plegarias los nombres de Revolución, la Razón, Jesús y Marat.

Nada cruel por naturaleza, Tallien lo fué siempre que hubo que defender intereses.

En Burdeos ni estuvo fuera ni dentro de los furios locales. Adu- laba á todos y levantaba la guillotina frente á sus ventanas.

Su ama de gobierno, desplegando sus gracias, logró escamotearle algunas víctimas.

El hombre de Lion no era como el de Burdeos, depravado de naturaleza. La figura antipática de Fouché espantaba por su aridez.

Triunfar fué su lema. Era un hombre frío, calculador de un positivismo horrible. Se hizo hebertista, creyendo que aquello era la vanguardia.

Sucesor de Collot en Lion, fué atacado por Robespierre y contra éste trabajó después, distinguiéndose más que nadie en Thermidor.

Nada honra tanto á Robespierre como esta circunstancia; los autores de su caída fueron los dos hombres más malos de Francia, Tallien y Fouché.

Seguramente nada hubieran logrado si Robespierre no hubiese empleado el terror contra todos, contra gentes honradas y contra bribones.

Pero ante un moralista de tal naturaleza (que hasta para Cambon exigía la comunión) ¿quién se creía seguro?

Existía en él un contraste. Nació en el amor al bien. En sus discursos recomendaba sin cesar el ideal del equilibrio, y su violencia interior tan pronto lo arrojaba á la derecha como á la izquierda. Imponía á todos unas leyes que él no podía observar. Donde se experimenta esto es en su discurso del 5 de Febrero. «La democracia es la virtud, etcétera, etc.» Era esta una amenaza para los representantes que habían desempeñado ó desempeñaban misiones. No solo debían temer á los salvajes ejecutores de la venganza popular como Collot y Carrier, si no cuantos á pesar suyo y en circunstancias excepcionales habían sido dictadores.

No contentos con designarlos los nombró por sus nombres en un informe sobre Fabre que él mostró al comité de Salud pública. Hablaba así de Merlin: «Famoso por la capitulación de Mayencé y sospechoso de haber recibido el precio.» Por lo demás no añadía ninguna prueba. Renovó los ataques contra Dubois-Grancé.

El comité, alarmado ante semejante informe, le rogó que no hiciera aun uso de él.

Iba aprovechando todos los medios para enriquecer el depósito de

pruebas acusadoras. De Tolon le habían entregado una carta ambigua en la que se suponía enterado al enemigo de los secretos de Estado.

Se arrojó Robespierre sobre este documento, suspendiéndolo sobre la cabeza del comité, hasta el extremo de que éste se preguntaba: «¿Quién es el traidor entre nosotros?»

Dos hombres de la derecha y la izquierda debían de comenzar á temer, Billaud y Herault.

Su malquerencia contra Lindet se manifestó de una manera indirecta, pero muy significativa, cuando fué acusado ante la Asamblea por su misión de la Normandía. Lindet había cerrado los ojos á un error pasajero, involuntario, cometido por una pequeña Comuna. Pequeña en apariencia, el asunto era grande en realidad. Esta primera abrió la carrera á innumerables acusaciones que podían envolver á nueve departamentos.

Lindet sometió esto al comité, á la Convención, los cuales opinaron como él que se debía de cerrar los ojos. Pero esto no justificaba su falta de iniciativas y su escasa voluntad en semejantes circunstancias, y desde luego no podía contestar á una sola de las acusaciones de Robespierre. Permaneció silencioso, inmóvil, contemplando serenamente á sus colegas y reservándose para poder decirles un día: «Vosotros habéis hecho bueno el federalismo.»

Esto era injusto. Precisamente debía de honrarse con nobleza á quienes en la horrible crisis del 93, en el eclipse del comité de Salud pública, habían con su habilidad ó con sus energías salvado al país.

Era muy duro atacar á Lindet y Philippeaux, cuya poderosa influencia en el Oeste había muerto á la Gironda. Duro era decir á Merlin, á Brier que con sus cuerpos habían cubierto la Francia desarmada: «Estais condenados á muerte.» Duro era acusar á Dubois-Grancé que con un esfuerzo sobrehumano, solo, durante tres meses se mantuvo en el Sudeste contra la Gironda, contra el enemigo, contra el caos, organizando el sitio de Lion, para llevarlo finalmente prisionero.

Los nombres de estos héroes y tantos otros menos conocidos que salvaron la Francia, los de Baudot y Lacoste que nos dieron el Rhin y el del valiente Soubry, el vencedor de los españoles, figurarán gloriosamente entre los de los grandes hombres del comité.

¡Cuántos obligados á cumplir con su deber se sacrificaron gustosamente!

Puede decirse que treinta representantes del pueblo han merecido por las misiones que desempeñaron figurar en el Panteón. Se trabajaba en bien de la patria encarnizadamente. Se puede decir que la Asamblea no durmió ni un instante.

Para juzgar á los representantes en misión de un modo equitativo sería necesario cambiar la situación política del 93 por la del 94. ¡Cuánto difrieron las primeras misiones de las que les siguieron! En el 94 reinaba aun desorden, pero se contaba con fuerzas considerables, ejérci-

tos numerosos, administraciones creadas. Los hombres del 93 no encontraron nada; hubieron de fabricarlo todo.



«Una comedia suya en cinco actos que le sustrajeron al arrestarlo.» (Pág. 330)

Su situación era peligrosa y terrible. Muchos fueron asesinados y otros próximo á serlo.

Casi todos estaban apoyados por una minoría insignificante. Baudot, por ejemplo, en Tolosa, en Junio del 93 no obtuvo más que el apoyo de cuatrocientos hombres.

Un representante montañés (ayer médico, abogado, periodista), de repente hombre de guerra, llegó con su sable y su penacho, inocente,



«Conviértase la Vendée en desierto.» (Pág. 338)

á una población desconocida. La soledad de esta población le causó terror. Si no hacía miedo era hombre perdido. Los republicanos inclusive se marchaban. Los montañeses de la localidad en exigua minoría estaban furiosos, más aun, observando los peligros que corrían.

La inminencia del *Terror blanco* exalta á los hombres del *Terror*